

Cuerpos-víctimas, estigmas y la negación de toda narrativa.

María Rosa Gómez¹

Jorge Alemán señala que en su etapa actual “el neoliberalismo disputa el campo del sentido, la representación y la producción biopolítica de subjetividad. (...) El discurso capitalista que soporta al poder neoliberal no admite ninguna brecha, ninguna heterogeneidad inicial, se presenta con la potencia de representar todo y llevar todas las singularidades y las diferencias a la totalidad del circuito circular de la mercancía” (Alemán, 2016: 15). Desde ese contexto y con las herramientas conceptuales de la Comunicación Social y los Estudios Culturales, este trabajo analiza cómo abordaron los medios de comunicación y las redes sociales los hechos de violencia de género y el debate sobre despenalización del aborto. Advertimos la circulación de una gramática del sentido que reproduce -en esos contenidos- una cadena de disvalor ubicada en las víctimas y en las subjetividades subalternas. Aquello que durante el Terrorismo de Estado se materializaba en la cadena mujer-militante-guerrillera-puta, bajo el nuevo escenario neoliberal da lugar a la circulación de estructuras significativas estigmatizantes que impregnan a amplios sectores de la sociedad. Estas formas de nombrar y enunciar, operan en desmedro de toda posibilidad narrativa sobre esos cuerpos-víctimas-cosificados pero sustraídos, además, de toda forma de atribución de valor.

Tiradas a la basura.

En aquel trabajo madurado a la luz de las consecuencias de los atentados a las Torres Gemelas y el Pentágono el 11 de septiembre de 2001, Judith Butler elaboró una gran reflexión respecto a las vidas carentes de derecho a duelo, a la distribución geopolítica de la vulnerabilidad y los encuadres culturales que cargan de sentido la actitud con que asumimos la muerte de otro, de distintos otros. “¿De qué modo nuestros marcos culturales para pensar lo humano ponen límites sobre el tipo de pérdidas que podemos reconocer como una pérdida?”(Butler, 2009: 59)

Los marcos normativos que aceptaron la cadena de disvalor mujer-militante-guerrillera-puta, bajo el escenario del Terrorismo de Estado, en el actual neoliberalismo da lugar a una nueva cadena de estructuras significativas estigmatizantes (“mujer-joven-provocadora-se lo buscó”; “mujer-joven-viaja sola-se lo buscó”) aceptadas por amplios sectores de la sociedad.

La gramática de sentido acepta la construcción hegemónica que dictamina y regula lo aceptable, lo decente y lo seguro para esas jóvenes cuyos cuerpos deseados y deseantes (conceptos que juntos determinan un imposible), son agredidos y desechados como

¹La autora es periodista, investigadora y docente de Comunicación de las Universidades Nacionales de Buenos Aires y del Centro. Tiene a su cargo la materia *Derechos humanos, Comunicación, Cultura y Medios* de la Maestría en Comunicación y DD.HH de la Facultad de Periodismo de la Universidad Nacional de la Plata. Trabaja en el área de Investigación de la Secretaría de DD.HH de la Nación. Es Doctoranda de la Facultad de Ciencias Sociales-UBA.

cosas, como una nueva Disposición Final que dialoga o desborda de aquella violencia de Estado que pretendió privar al desaparecido “de toda narrativa”.

El cuerpo Daiana García, de 20 años, apareció en una bolsa de un terreno descampado en Llavallol. El Comité Argentino de Seguimiento y Aplicación de la Convención Internacional de los Derechos del Niño (CASACIDN) tuvo que intervenir para que los medios de comunicación informaran sobre el asesinato de la joven y no estigmatizaran su forma de vestir o las fotos de su perfil en las redes sociales.

Los cuerpos de Ángeles Rawson de 16 años, Candela Rodríguez, 11 años, Melina Romero, 17 años, fueron hallados en bolsas desechables en basurales.

Natalia Rocha, de 16 años, fue arrojada a un descampado en Moreno. La policía no había tomado la denuncia de la madre apenas ocurrida su desaparición, algo que se repite de manera recurrente en comisarías y fiscalías. En ocasiones, esas horas que se pierden antes de dar curso a la denuncia e iniciar las búsquedas han sido letales para las víctimas de femicidio. “Estará con un noviecito”, “también...mire como se viste su hija”, son algunas de las tramas significantes que desde la normatividad sexista carga de estigma a la víctima, ofendiendo y mortificando con la mirada culpabilizadora a ese cuerpo ya agraviado por la violencia de género, esa de la que no puede defenderse.

Micaela García, de 21 años, fue encontrada asesinada en unos pastizales de Gualeguay. Micaela, militaba en la JP Evita y dedicaba sus fines de semana a desarrollar trabajos sociales en los barrios humildes de Concepción del Uruguay, también era una convencida activista contra la violencia de género.

La forma de nombrar, enunciar, cubrir de sentido los hechos de violencia, son una muestra de la sedimentación de cadenas estigmatizantes que se sostienen y reproducen en distintos sectores sociales que –a su vez- ponen en circulación contenidos que ubican la falta, la culpa, en el cuerpo sometido de la víctima. La sobre exposición de enunciados estigmatizantes opera en desmedro de toda posibilidad narrativa para ese cuerpo-víctima sustraído de toda forma de atribución de valor.

Los cuerpos desechados en bolsas de basura, sin la menor metáfora, sin mediación de sentido, nos ubican en la pregunta de Judith Butler comentada al inicio de este trabajo: “¿De qué modo nuestros marcos culturales para pensar lo humano ponen límites sobre el tipo de pérdidas que podemos reconocer como una pérdida?”(Butler, 2009: 59)

“Parirás con dolor”.

Las gramáticas de sentido desplegadas a lo largo del debate por la legalización de la Interrupción Voluntaria del Embarazo evidenciaron en el Parlamento, en los medios de comunicación, en las redes sociales y en la escena pública, el despliegue de enunciados hetero-normativos, patriarcales e impregnados de una profunda violencia hacia el derecho de las mujeres a decidir sobre sus propios cuerpos. En este caso, esa violencia simbólica expresada en las frases contundentes de senadores, senadoras y otros expositores, trajo un

carril paralelo con la violencia material a la que son sometidas y expuestas miles de mujeres que deben atravesar la interrupción de embarazos no deseados en clínicas clandestinas o tugurios donde muchas de ellas pierden la vida, una vida precaria, una vida “privada de toda narrativa” diría Judith Butler.

En esas largas intervenciones parlamentarias los discursos en contra del aborto legal, seguro y gratuito, giraron en torno a roles impuestos, a la realización plena de la mujer en el ejercicio de la maternidad, a destinos inalterables, porque “si hay embarazo debe parir”.

Silvia Delfino subraya que “el sexismo -y el heterosexismo- como el racismo no sólo reproducen el funcionamiento de la discriminación —la desigualdad de clase enlazada con la estigmatización por géneros, orientación sexual, etnias o edad y capacidades diferentes— sino que constituyen su forma más extendida a través de la construcción ideológica de lo normal” y lo humano”. (Delfino, 2011:12)

En vísperas de la votación, que tuvo un resultado adverso a la legalización, miles de mujeres de edades diversas, rodearon el Congreso, habían llegado muy temprano, de barrios y provincias, soportando con paciencia el frío, la lluvia, los comentarios hostiles en las redes y en las calles: “Putas-asesinas-aborteras!”.

La hostilidad hacia los pañuelos verdes se tornó muy marcada en la etapa final del debate y puede rastrearse sin dificultad en medios digitales, audiovisuales, impresos, como así también en los registros captados en dispositivos móviles.

La necesidad de demarcar un espacio para “la zona verde” y otro para “la zona celeste” ratificó la evidencia respecto a que cada cuerpo es político. El intercambio fuera y dentro del recinto demarcó una confrontación, que más allá del resultado, no concluyó. Pero es interesante capturar y recortar las estrategias de construcción de sentido que se desplegaron a favor y en contra, recurriendo a la legitimidad del lenguaje científico, a la virulencia, la frivolidad o el desconocimiento. Afirmó Judith Butler en *Vida precaria*: “Aunque luchemos por los derechos sobre nuestros propios cuerpos, los cuerpos por los que luchamos nunca son lo suficientemente nuestros. El cuerpo tiene una dimensión invariablemente pública. Constituido en la esfera pública como un fenómeno social, mi cuerpo es mío y no es mío.” (Butler, 2009: 52)

Menos que humanas, menos que animales, cuerpos femeninos negados de todo derecho, cuerpos meros recipientes, cuerpos dóciles despojados de subjetividad y albedrío.

Aquello que a fuerza de capacidad oratoria y eficacia del lenguaje parecía convocar a la defensa humanista de la vida, expuso sin tapujos los límites normativos que pretenden perpetuarse para las mujeres y sus reivindicaciones sobre género y sexualidad.

En este sentido, desde el recinto y con los medios de comunicación actuando como cajas de resonancia, se delimitó un teatro de operaciones para dirimir el control de los cuerpos femeninos.

Así, un gobernador, Juan Manuel Urtubey, relativizó la importancia de las violaciones perpetradas en el entorno familiar: “Hay algunos casos donde la violación no tiene esa

configuración clásica de la violencia sobre la mujer (...) Por ejemplo en el abuso intrafamiliar, donde no se puede hablar de violación”.

Una mujer, la vicepresidenta de la Nación Gabriela Michetti, admitió que está en contra el aborto aún en casos de violación y con ligereza sugirió: *“Hay tantos dramas en la vida que uno no puede solucionar...no me parece que porque exista ese drama a uno se le terminó la vida. O sea, puedes dar en adopción el bebé y no te pasa nada”*.

Una diputada, Estela Regidor, en coincidencia con el planteo de la vicepresidenta, aconsejó actuar de la misma forma que cuando una mascota queda preñada: salir a regalar la cría. *“¿Qué pasa cuando nuestra perrita se nos queda embarazada? No le llevamos al veterinario a que aborte. Inmediatamente salimos a buscar a quién regalarle los perritos”*.

Desde lo más rancio del ejercicio de supremacía patriarcal, el ex secretario de Salud Pública de San Miguel, Oscar Botta pretendió igualar la práctica del aborto con el método del genocidio implementado por el Terrorismo de Estado: *“El aborto atenta contra nuestra seguridad demográfica y constituye una verdadera desaparición forzada de personas”*.

Si las disputas se dan en derredor de la construcción de sentido y bajo la cobertura de las manifestaciones simbólicas, proponemos desde el lenguaje habilitar estrategias de visibilización, gerenciamiento ético y subjetivación emancipatoria, que contribuyan a nuestras tácticas de estar en el mundo, conscientes de nuestras vulnerabilidades, asumidas en nuestra condición de sujetxs políticxs cuyas acciones constituyen narrativas.

Bibliografía.

-Aleján, Jorge (2016): Horizontes neoliberales en la subjetividad, Buenos Aires, Grama Ediciones.

-Butler, Judith (2009): *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*, Buenos Aires, Paidós.

-Delfino, Silvia (2011): “Notas sobre el cuaderno”, en Cremona, Florencia, *Cuaderno de cátedra de Comunicación y Género*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata.